

EL FUTURO DE LA CIUDAD

Dr. Arq. Mario Coyula Cowley
Arquitecto, diseñador urbano y crítico

Campeando la Ciudad

Borrar las diferencias entre la ciudad y el campo fue desde comienzos del siglo XIX una idea recurrente en los intelectuales progresistas que rechazaban las miserias de la Revolución Industrial. Pero ese objetivo noble fue en realidad ambivalente. El camino abierto por los socialistas utópicos fue escapar de la ciudad. Eso creó una dependencia al transporte que lo podía permitir, exacerbada en el siglo XX por el automóvil privado. Pero los suburbios no bastaron y los ciudadanos se convirtieron en *commuters* habitando en ese limbo que es la exurbia, a expensas del suelo agrícola. La respuesta a la aberración de pasar cada vez más tiempo encerrados en una caja de metal con ruedas yendo de un lado a otro fue hacer las cajas cada vez más cómodas y agradables, y también más caras.

Otra línea, igualmente ingenua, trató de llevar a las zonas rurales la animación y el abanico de oportunidades que ofrecen las ciudades. Ese intento estaba destinado a fallar por la imposibilidad de lograr la necesaria concentración económica, superposición de funciones, animación cultural, y diversidad de opciones y grupos sociales que son condiciones indispensables para la vida urbana. La experiencia de los más de 600 nuevos pueblos rurales construidos en Cuba a partir de 1959, para asentar de manera estable a los trabajadores agrícolas, ilustra ese espejismo.

En su etapa inicial, durante los años 60s, se hicieron pequeños poblados con casas aisladas uniplantas. Se buscó la economía quitando peso a los elementos constructivos con paneles y losas de hormigón, tan delgados que resultaban muy calientes en verano y fríos en invierno. Eran proyectos tecnicistas hechos por jóvenes arquitectos ciudadanos formados en la rigidez del Movimiento Moderno, sin previa investigación de antecedentes o contexto, ni contacto con los futuros usuarios. Para horror de los arquitectos, los campesinos recurrieron en algunos casos a echar *guano* encima del techo, buscando aislarse del calor... Más adelante las viviendas rurales se construyeron en bloques semiprefabricados de cinco pisos, varados en medio del campo; hasta que los campesinos comprendieron que mantenían todos los inconvenientes de vivir en un medio rural, sin ninguno de sus beneficios; y terminaron por emigrar a la ciudad más cercana.

La arquitectura vernácula tiene el encanto morboso de lo destinado a desaparecer, o a desvirtuarse al punto de quedar irreconocible. Como parte edificada del folclor, sufre su misma maldición, con la agravante de que perdura y es más visible. Si se mantiene auténtica, fiel a sus raíces culturales, sustrato económico y entorno físico y social, generalmente se le asocia con atraso, pobreza, chovinismo y marginación. Si se moderniza o *suaviza* para adaptarla al gusto contemporáneo globalizado –como pasó con la comida china en Occidente, o con el *cante jondo* para consumo de turistas-- no responde ya a su contexto y termina deformada, falsificada o convertida en una escenografía hueca.

No obstante, es necesario estudiar cuidadosamente los patrones morfológicos, expresivos, funcionales y constructivos de la arquitectura y el diseño urbano vernáculos, generalmente marcados por un largo proceso de prueba y error en sintonía con el espíritu del lugar, el sentido común, la inteligencia colectiva y una estética casi minimalista situada por encima de las modas y del tiempo.

Desarraigo, precariedad y marginalidad

En Cuba, los patrones de la vivienda rural aislada se trasladaron al anillo exterior y áreas residuales de las ciudades, en una versión empobrecida por el desarraigo. El *bohío* había surgido por decantación a lo largo de siglos, y por lo tanto estaba completamente adaptado al clima y los medios constructivos disponibles; y a la base económica, organización social, forma de vida y expectativas de sus habitantes. El traslado a otro contexto produjo una ruptura integral, expresada en los persistentes barrios insalubres autoconstruidos en la periferia. El antecedente más lejano de esos asentamientos data probablemente de la Reconcentración forzosa de campesinos dictada por Valeriano Weyler en 1896, para privar de apoyo a los tropas mambisas. La moda reciente de los *ranchones* de guano en centros turísticos e incluso dentro de la trama habanera responde al mismo folclorismo servil con que se *vende* a la mulata y el ron para un visitante de Sol, Playa y Sexo.

Esa tendencia, junto al uso de colores y música estridentes, es parte de la cultura del *aguaje* --un cubanismo indefinible, cercano al castizo *mucho ruido y pocas nueces*-- que tiene varios

componentes. Las crecientes distorsiones de la forma y los patrones de conducta urbanos no solo pueden atribuirse a la inmigración rural, que en parte llenó el espacio dejado por el éxodo masivo de la anterior clase dominante, blanca y urbana. Aparece también con mucho peso una marginalidad urbana preexistente, antes reprimida y limitada a enclaves bien definidos, que amparada en el populismo y el *laissez-faire* se expresa en la forma de hablar y vestir, los modales, los medios masivos de comunicación, cierta música más dirigida a enervar que a estimular el sentimiento o el pensamiento; y hasta en los nombres impronunciables que plagan la nómina de los equipos deportivos.

Nuestro paisaje urbano en los años 90s y principios de este nuevo siglo ha sido marcado por un debilitamiento suicida del control sobre las intervenciones en la ciudad. El resultado es una especie de *ajiacó*, esa sopa campesina que ahora se llama *caldosa* por efectos de la inmigración desde las provincias orientales. Pero este *ajiacó* o *caldosa* ya no es lo que fue, se ha *chatarizado* al mismo ritmo en que aparecen kioscos y cafeterías de comida rápida que imitan patéticamente a los McDonald's y Kentucky Fried Chicken. La situación se hace más compleja con el aporte *kitsch* de una persistente cultura de pequeña burguesía provinciana, triangulada en un viaje de ida y vuelta hacia y desde Hialeah en Miami, y ayudada con lo que Héctor Zumbado llamó el *pequeño proletario*. Plátanos, gallinas, cerdos, tanques de petróleo usados como depósitos de agua, cercas de malla eslabonada, y carporches de chapa, forman parte de un nuevo paisaje urbano oxidado y carcomido donde la tierra apisonada sustituyó lo que un día fueron jardines elegantes.

El futuro del pasado

Cuba se encuentra en una situación crítica tras la desaparición de la URSS, a lo que se unen serios *problemas estructurales en la economía*, y la hostilidad sostenida de nueve administraciones estadounidenses. Esa crisis facilitó a principios de los años '90s la toma de conciencia sobre el valor de soluciones apropiadas, ecológicamente sustentables y económicamente viables, como la bicicleta, la agricultura orgánica y la agricultura urbana, el uso de técnicas constructivas *blandas* y materiales locales alternativos, la descentralización en la gestión administrativa, y la participación de la población. Pero comenzando el siglo XXI es

evidente el peligro de regresar a fórmulas convencionales, cuya rigidez y vulnerabilidad ya habían sido comprobadas.

La arquitectura y el diseño urbano vernáculos pueden ofrecer todavía pautas muy útiles para una reinterpretación contemporánea razonada. Esas pautas deberán adecuarse a una realidad que ha cambiado con respecto a la que les dio origen, y sigue cambiando. Han aparecido nuevos escenarios, nuevos actores, nuevos estratos sociales, nuevos patrones de vida, nuevos temas arquitectónicos, nuevas tecnologías y nuevos gustos y costumbres. Esa adecuación no significa aceptar pasivamente problemas que ya aparecen en La Habana, como el crecimiento de las desigualdades, las conductas antisociales, el individualismo, y las agresiones al entorno, tanto el natural y el construido como el social.

Por otra parte, la solución no es copiar las formas vernáculos heredadas, aún aquellas que todavía pueden funcionar, pues eso llevaría a falsificaciones nostálgicas, escapistas o simplemente comercialistas. Es evidente que se necesita penetrar en las esencias del patrimonio construido vernáculo y comprender los procesos y condicionamientos que conformaron ese modelo. El reto está en capturar su espíritu pero también la forma básica, volumetría, perfil, elementos proyectantes hacia la vía pública como portales, balcones y aleros; la alternancia rítmica de vanos y macizos; las proporciones, texturas, uso del color y el detalle, escala y carácter.

A fin de cuentas, la reinterpretación de lo vernáculo debe resultar más fácil que la que se dio con los códigos básicamente del Movimiento Moderno en los años 1950s. A pesar de su carácter inicial, esencialmente iconoclasta y descontextual, esos códigos produjeron ejemplos refinados de integración al entorno físico, tradiciones y modo de vida en Brasil, México y Cuba, entre otros países iberoamericanos. Pero esos arquitectos no eran preservacionistas motivados por conservar artefactos del pasado. Ellos buscaban hacer una buena arquitectura de su tiempo, que en el caso cubano surgía en 1947 de entre las cenizas de la simbólica quema del Vignola en la Colina Universitaria.

Para ello los más destacados absorbieron la esencia de las mejores tradiciones locales, tanto cultas como populares, incluso intuitivamente. Si ahora se habla no solo de preservar el

patrimonio construido vernáculo sino también de aprovechar las lecciones que ofrece, es justo acercarse al problema de aquella misma manera. Ello implica partir de una posición totalmente contemporánea, sea afiliada al deconstructivismo, al Nuevo Modernismo, o a lo que venga detrás; y reelaborar con imaginación elementos del pasado que conservan su validez. Pero en todo momento habrá que estar en guardia contra el *pastiche* complaciente. Asegurar la autenticidad, la contemporaneidad y la valorización de los valores son condiciones fundamentales para mantener la vigencia del patrimonio vernáculo, y quizás de cualquier otro.

Del día a día a la futurología

El intento más fantástico de imaginar algo que no ha sucedido está siempre lastrado por lo que ahora conocemos. Como los peinados en las viejas películas de época, revelan más sobre el momento en que fueron hechos que sobre ese futuro nebuloso que pretenden fabular. Por otra parte, el horizonte temporal de esa proyección es determinante. Imaginar La Habana dentro de un año o dos difiere mucho de ese mismo ejercicio a diez o quince años vista, y más todavía cuando la mirada se extiende hasta mediados de este siglo que ha comenzado con augurios tan preocupantes. Se están produciendo aceleradamente grandes cambios ambientales, culturales, económicos, tecnológicos y políticos a escala del planeta. Muchos de esos cambios parecen ir para mal, después que el precario balance mundial se ha perdido bajo el signo de la globalización, el derrumbe de un socialismo que se decía real y duró lo mismo que la vida de una persona, y el dominio absoluto de la más grande y agresiva potencia mundial de todos los tiempos.

¿Cómo será La Habana del futuro? Esa pregunta obliga a caracterizar a La Habana actual –una ciudad preservada por omisión, baja, densa, compacta y a la vez dispersa, con una intensa animación humana que no se corresponde con su precaria y confusa base económica; y donde se aprecian ya elementos de cambio en la forma urbana derivados de la circulación de dos monedas y la búsqueda de la subsistencia a expensas muchas veces de valores éticos tradicionales.

La pregunta también obliga a especular sobre el futuro del pasado: ¿cómo sería hoy La Habana de no haber triunfado la Revolución de 1959? Quizás no muy diferente a cómo la proyectaba el plan maestro de Sert y Wiener en 1956-58: una gran capital de cuatro millones de habitantes,

definitivamente distanciada de las otras ciudades cubanas; dominada por el auto privado, con un Malecón bloqueado por una pared casi continua de edificios altos y una isla artificial al frente, y un centro terciarizado y seguramente elitizado, donde el patrimonio histórico hubiera quedado reducido a unos cuantos edificios antiguos singulares.

Esa ciudad sería todavía más norteamericana que en los años ´50s: por un lado torres anónimas de oficinas, grandes corporaciones y cadenas comerciales transnacionales. Los condominios de lujo en las mejores ubicaciones, y los repartos elegantes cada vez más alejados, segregados y dispersos se habrían extendido enormemente a lo largo del litoral, aumentando la diferencia con la ciudad del sur. La mala salud congénita de ese tipo de ciudad dual quedaría probablemente oculta bajo una cara esplendorosa: anuncios lumínicos, teatros, restaurantes, casinos y hoteles de lujo. La Habana estaría inundada por turistas estadounidenses; con un cinturón indefinido de barrios insalubres adonde irían a parar los excluidos de antes y de siempre, y los desplazados de los barrios centrales. En resumen, sería menos auténtica y se parecería más a cualquier otra gran ciudad.

¿Apocalipsis Ahora?

Pero en cualquier caso, el futuro de La Habana en esta primera mitad del siglo XXI pasa por la naturaleza y forma de sus relaciones con los Estados Unidos. En esencia, depende si se podrá encontrar una convivencia mutuamente provechosa o al menos aceptable, con ramificaciones sobre el viejo tema de si es posible sostener una revolución en un solo país. Obviamente, esos pronósticos obligan a pensar también cuál será la base económica de La Habana y de Cuba, es decir, cual podrá ser el sustento firme para conservar y revitalizar ese muy valioso patrimonio construido y humano que se levantó sobre el azúcar, y ahora se desliza bajo nuestros pies...

Asumiendo que en un corto plazo no haya cambios importantes en el contexto económico y político nacional y mundial, la situación actual seguiría probablemente agravándose con el mismo ritmo: la ciudad central se compactaría aún más y aumentaría la tugurización, con más hacinamiento y distorsiones –añadidos espontáneos, barbacoas, casetas en azoteas, locales comerciales precariamente adaptados a vivienda...y también más vacíos producidos por

derrumbes y demoliciones, que en su mayoría serán rellenados descontroladamente por vecinos e inmigrantes ilegales, incluyendo la resaca de aquellos traídos para cubrir los puestos de trabajo que los habaneros no quieren asumir. Se harían más conspicuas en la trama de vivienda las presencias puntuales de riqueza relativa, que después (permutas por medio) se irían agrupando y convirtiendo en enclaves de los *pobres-nuevos-ricos* cubanos. Esa masa estaría compuesta por una mezcla de personas que reciben remesas de sus familiares en el extranjero, cuentapropistas, agiotistas, empleados en firmas extranjeras; y en general aquellos con acceso a moneda dura, sea legal o no.

La lógica aparente de la zonificación produciría más enclaves de *gentrificación*, con hoteles, hostales, edificios de viviendas de alto estándar para extranjeros, o en definitiva para quien pueda pagarlo; así como oficinas de corporaciones y tiendas en moneda dura, generalmente aisladas de las zonas donde existan problemas sociales. Esos islotes de riqueza estarían cada vez más alejados y por lo tanto más dependientes del auto privado. Dentro de este cuadro de segregación, también se producirían híbridos: cubanos que trabajan en firmas o se unen a extranjeros y van asumiendo su estilo de vida en un proceso de prueba y error que depende mucho de cuáles serán los modelos de éxito a imitar, millonarios o pacotilleros.

A pesar de los esfuerzos del gobierno --dirigidos principalmente a combatir los efectos y no las causas-- aumentaría la discriminación laboral y la segregación física del hábitat debido al color de la piel; así como la marginalidad. Aumentaría el proceso de enjaulamiento de la ciudad para protegerse de los delincuentes, aunque quizás coexistiendo con fórmulas viejas como los serenos privados que ya vienen funcionando en algunas zonas *macetizadas*. La altura y materiales de las cercas, rejas y tapias se convertirá en un símbolo visible de prestigio social, con las personas más acomodadas debatiéndose entre ocultar o mostrar su patética riqueza.

Durante un tiempo --hasta que un incipiente mercado del suelo lo interrumpa-- continuaría el proceso de ruralización de la capital, con la sustitución del arbolado urbano y los jardines por siembras productivas y crías de animales no organizadas dentro del programa de agricultura urbana; los ranzones de guano, carretones de tiro animal y tractores circulando por las calles, y sopes cocinados en los parterres; complementados por la progresiva desaparición del

pavimento en las vías urbanas, en un viaje de regreso a la tierra. Pero esa ruralización coexistiría y se mezclaría con patrones tomados de los marginales urbanos.

Seguirían creciendo y apareciendo enclaves suburbanos en moneda dura a la manera del Monte Barreto, y quizás a alguien se le ocurra la idea de cercarlos y controlar la entrada, para evitar el *contagio* y facilitar la protección. El acceso libre a la costa se bloquearía aún más. Los altos precios del suelo podrían empujar finalmente a un desarrollo limitado hacia el este, con edificaciones más bajas para una clientela distinta a la de las grandes colmenas inmobiliarias que se hicieron durante los '90s. Es posible que la aparición de un sector de mercado con gustos algo más refinados traiga el mejoramiento del diseño arquitectónico y la importación de algún que otro arquitecto de la vanguardia internacional, al que se le permitiría hacer lo que se les niega a los nativos. Quizás finalmente se llegue a repensar la forma de ejercicio de la profesión del arquitecto, acercándola a la del artista plástico; y abriendo la competencia para que triunfen los mejores a través de concursos accesibles a todos.

De continuar el modelo de desarrollo suburbano segregado sin una adecuada respuesta del transporte público masivo, crecerá desmedidamente el uso del auto privado. Ello traerá más contaminación, demoras y problemas de tránsito; y aumentará las diferencias sociales entre el que se mueve en cuatro ruedas y el que anda. La ciudad tendrá que resistir una fuerte presión para no malgastar terrenos valiosos en parqueos, y eventualmente en la construcción de monstruosas vías expresas para facilitar el movimiento de autos, con lo que el número de éstos seguirá aumentando mientras la continuidad del tejido urbano se interrumpe.

Se continuarían construyendo *shopping malls* de lata y vidrio espejo que rompen con la estructura y la imagen urbanas, e introducen gustos y patrones de vida ajenos. Esas inversiones aumentarían por carambola el deterioro y la calidad de la oferta en la red comercial tradicional a lo largo de las calzadas de la ciudad central. Igual sucedería con el sistema de pequeños comercios de esquina, ya muy debilitado desde los años '80s con la voluntarista supermercadización.

Cambiando de Negro a Gris

Aún sin producirse avances significativos en la estructura productiva nacional y las relaciones de intercambio internacional, este cuadro oscuro podría suavizarse con una mayor participación popular en los procesos de decisión, dando más poder y autonomía económica a los gobiernos locales, ampliando las entidades corporativas estatales autofinanciadas, a la manera de la Oficina del Historiador de La Habana; o creando cooperativas urbanas igual que las rurales.

Los trabajos de reanimación urbanística que mejoraron la imagen de la ciudad en los años ‘60s y ‘70s podrían reaparecer, para revitalizar visual y funcionalmente espacios públicos en zonas centrales. Esos espacios servirían para elevar el rasero de calidad en el diseño y los servicios, además de cumplir su papel tradicional para estructurar al tejido urbano, mejorar el medioambiente, añadir valor a los terrenos circundantes, y favorecer el intercambio social entre sectores que cada vez se están diferenciando más. La reanimación pudiera irradiar a partir de esos focos a lo largo de los ejes principales que los conectan, y llegar más adelante a internarse en los sectores grises delimitados por esas vías. Sobre esa misma base de autogestión local, comenzaría a utilizarse el “convoyado” a las grandes inversiones, obligándolas a realizar obras de beneficio directo y evidente para la comunidad.

El mejoramiento de la imagen urbana y una mayor sensación de estabilidad podrían estimular la llegada de inversionistas iluminados con una clientela que exija calidad, y con interlocutores cubanos de misma condición: Aparecerían algunos proyectos de nuevas edificaciones que marquen hitos y ayuden a impulsar la revitalización de La Habana y la recuperación de los valores culturales en la arquitectura cubana. La oferta de vivienda a extranjeros residentes en La Habana, ahora limitada a apartamentos para alquilar en edificios nuevos, casi siempre de arquitectura banal, podrá ampliarse entregando mansiones en peligro de derrumbe para ser rehabilitadas por iniciativa privada. Eso puede producir más ingresos y ayudaría a preservar el patrimonio.

A su vez, el gobierno comprenderá la importancia de promover proyectos dinamizadores de calidad, o participar en otros con los inversionistas extranjeros. Finalmente se conseguirá atraer a

desarrolladores que no se limiten a explotar un terreno aislado disponible. Ello permitirá incorporar áreas subutilizadas o desvalorizadas, y eliminar el mal hábito de construir sin tener la infraestructura.

Amenazas cercanas pero evitables

Hacer funcionar a la ciudad y mantener el control sobre ella requiere adelantarse al cambio antes de que éste se imponga por sí mismo. Imaginar el futuro es siempre un ejercicio que puede pasar de lo divertido a lo aterrador. Los cambios rápidos y profundos podrán ser malos, y aún más, irreversibles; pero mantenerse estático puede ser igual o peor. Por eso algunos parecen no querer pensar y miran a otra parte, o esperan dejar la solución del problema a los que vienen detrás. Yo no estoy por la parálisis ni por la inmolación suicida, pero tampoco por la entrega claudicante o la salida escapista. Desde este medio siglo de afanes, ilusiones y riesgos compartidos, espero ver desde adentro lo que va a pasar, y tratar de que salga lo mejor posible.